



CAPÍTULO VIII

CENAS OPUESTAS Á LAS DE TRIMALCIÓN

Nerón ha cumplido sus planes y se ha presentado á su Acté. Durante todo el intervalo entre los coloquios con sus dos compadres y la entrevista con su amada no hizo el emperador más que aguzar cuanto había en su persona de bestia, pidiendo á sus músculos y á sus fibras fuerza para imponerse con soberana imposición á las resistencias espirituales de Acté, consideradas por él como verdaderas locuras ó hechicerías, y á sus ideas y á sus frases, consideradas por él como cábalas mágicas de una virtud tan extraña que le adormecían por un instante sus propensiones al placer y al goce. Así juróse á sí mismo con juramento sacro y se prometió con formal promesa no escucharla, no prestarle atención, y rendirla en las cadenas de sus brazos, volviéndola por completo á su antigua servidumbre y volviéndose también él dueño absoluto de tan hermosa esclava. Se cuidó así de su persona como nunca se había cuidado. Tras un baño larguísimo recibió una copiosa lluvia de aromas

esencias. Tras esta lluvia tomó todos los bebedizos más acreditados para despertar la voluptuosidad, conservando en su ejercicio las necesarias fuerzas. Tras estos adobos y curtidos por dentro y por fuera de su cuerpo, se vistió con los trajes más espléndidos y se ornó con aquellos talismanes más propios á despertar en los seres, de amor requeridos, la deseada correspondencia. Luego evocó en su memoria cuantos versos eróticos sabía desde la niñez, y se propuso ver toda la fuerza en ellos contenida, realizándolos con acompañamiento, no sólo del arpa y sus cuerdas áureas, del mirar suyo y todos sus luminosísimos rayos. ¿Quién podía resistirse á tales imperiosos encantos? ¿Quién sustraerse á su belleza corporal, á su artística inspiración, á sus mandatos imperiales? Acté lo aguardaba con el cariño de siempre; pero cariño del alma, en todo contrario al compartido por los dos en otro tiempo. Su pureza le había devuelto algo de la casta hermosura que tienen las vírgenes inocentes. Habían el menosprecio de los sentidos y el sueño en que los sumiera con tanto empeño inundádola de un suave candor, muy análogo al proveniente de la ignorancia del vicio. Un recogimiento sistemático dentro de sí misma le prestaba externa humildad, muy encantadora. Una consiguiente actitud de modestia le prestaba gracias superiores á cuantas puede ofrecer la fea sensualidad. En sus extáticos ojos se columbraba á un espíritu misterioso y sobrenatural. Vibraban sus labios al impulso de continuas plegarias. Una blanca túnica, muy cerrada por el cuello y muy caída en pliegues armoniosos hasta los pies, la revestía como de las armoniosas formas que tienen las estatuas. Y en torno de su cabeza, que se diría cincelada por el buril de Fidias, resplandecía un etéreo nimbo que se diría bajado sobre sus sienes del cielo. Cuando Nerón llegó á su presencia, la respiración más viva, el mirar más luminoso, el corazón más palpitante aumentaban los hermosos hechizos de Acté y con ellos el dominio sobre cuanto la rodeaba sometido á su influjo, que aumentaba la transformación de su espíritu.

— ¡Acté! — Nerón exclamó al verla; y queriendo arrojarle á sus brazos, una fuerza indudablemente superior á su voluntad le contrató y le hizo retroceder como espantado de su intento para tornarlo junto á ella luego y tenderlo á sus plantas, como si fuese juguete de olas á que no puede uno contrastar con sus personales fuerzas.

— Levántate, Nerón, de mis pies. No puedo consentir yo que todo un César se humille ante una sierva. Mis creencias me dicen que debo amar al Rey de los cielos y obedecer al rey de los pueblos. Este último eres tú. No te bajes ante mi presencia, porque te rebajas ante mi Dios. Indispensable al mundo la institución que representas, tus leyes humanas completan las divinas leyes y tu poder dentro de su radio tiene algo del divino poder.

— Mira, mi adorable Acté, no me vengas ya, en cuanto me ves, con todas esas monsergas judías de nuevo cuño y nueva moda, las cuales te han trastornado el seso hasta divertírtelo y separártelo del rendido amador, en cuyos brazos has pasado los últimos días de tu infancia y los primeros de tu juventud. Yo no toleraré más tiempo esta rebeldía tuya, que me desacata en mi autoridad y hasta me atormenta en mis carnes. He pasado por lo que jamás creí pasar, movido de una idea singularísima, movido de la idea que todo aquello iba encaminado á exacerbar mi amor para que los goces venideros y aguardados fueran mayores, así como á exaltar tu hermosura para que la deseara yo con más ahinco y la poseyera con más gusto. Pero todo tiene su término en el mundo, y esta situación ha de tenerlo. Y vengo resuelto á decirte que ó te das á partido y á mis brazos te rindes, ó concluyo por matarte primero á ti para matarme luego á mí mismo.

— No harás tal, Nerón, ¡ah!, no lo harás. Yo sé cuanto pasa por tu espíritu; y como lo sé, perdono cuanto dicen tus labios. Desconocedor absoluto de la ley revelada directamente por Dios, conoces la ley natural que nos enseña nuestra razón y que traemos todos impresa en nuestra conciencia. Y como esta ley te prohíbe á ti matarte y también matarme á mí, no lo harás, porque el mismo Dios, que en su misericordia te ha enseñado una parte de la verdad eterna, habrá de compelerte á que cumplas una parte del absoluto bien. En vano te propones rebelarte contra tales divinos mandamientos; desde tu altísimo trono caes bajo el peso de su evidencia y los cumplirás mal de tu grado. Créeme, yo no soy yo: en mí late un espíritu celeste que me purifica y me hace como él mismo celestial, como hace fuego el fuego la fría y tosca y apagada leña calda en sus purificadoras llamas. Ni me matarás, ni te matarás, Nerón.

— ¡Cómo! Pues te aseguro que quiero morirme para no verme

tan cobarde. Salgo de mi palacio, reconcentrando para vencerte, no sólo aquellas facultades propias de mi ser natural, sino las propias de mi ser sobrenatural, y caigo en el suelo derribado por tu voluntad soberana, sin que me atreva ni aun de palabra yo á resistirte, venciendo tú con victoria incontrastable y mostrándome la pequeñez y la miseria mías.

— No creas, Nerón, que yo soy quien te vence y rinde, no; hace tales milagros un poder misterioso, cuya fuerza mantiene los astros en su centro y cuya inspiración pone sus matices en el cáliz de las flores y sus gorjeos en la garganta del ruiseñor.

— Esa fuerza debe ser la fuerza de Venus.

— ¡Ah! No — dijo Acté, — no, esa fuerza es la fuerza de un Dios verdadero, sin forma y sin figura, sin nombre, sin límites; impenetrable á la razón, pero adornado por la fe; vivo en todos los tiempos como eterno, dilatado por todos los espacios como infinito; hermosura y bondad perfectas, luz de la luz, ideal de todas las ideas, centro hacia que gravitan por su propia inclinación todos los espíritus.

— Yo no vengo á tu presencia para departir de teologías, vengo para departir de amores. La Metafísica me tiene sin cuidado. Harta me ha embutido en la mollera el charlatán Séneca. Yo prefiero el papagallo indio, que tú me regalaste, diestro en la imitación de acento tan divino como el eco de tu palabra y de tu voz, á todos los dioses del Olimpo. Estoy unido á tu persona como al amo el perro. Aunque me apalees, no huiré. Y si porque me quedo aquí, como el burro apaleado se queda en su pesebre, de mí te burlas, no me quejaré, no, ciertamente. Yo no miré un día si eras ó no esclava, cuando estreché contra mi corazón en los brazos tu cuerpo herido por la fusta y marcado con el sello de la servidumbre; no mires tú si soy emperador y llevo una corona, para devolverme tu cariño. Mira que, si no lo haces así, tendré celos del Dios recién invocado por ti ahora y le declararé arreo la guerra. Si me quieres, yo estaré á tu lado hasta que las Parcas corten el hilo de nuestra vida, y tu nombre vivirá unido con el nombre mío por siglos de siglos. No tomes consejo de nadie para quererme sino de tu pasión, de aquella que sentiste por mí en los albores de la vida y que no ha podido, no, en tan pocos años di-

siparse. Si te parece poco ser Acté, puedes llegar á Semíramis; porque si no te satisface mi corazón, mayor que todo lo criado junto, yo te daré mi trono para que allí explayes tus ambiciones después de haber explayado en mi lecho tu amor. Yo te haré, Acté, verdadera y única emperatriz. Si quieres tener un emperador de siervo y esclavo, no hay para ello inconveniente; cárgame de cadenas el cuerpo, con tal que llenes de tu amor el alma. Sin ti el trono me parece la ergástula; contigo me parece la ergástula el trono. Yo te he visto pálida como el mármol que arrancan los escultores á las canteras de Paros. Yo te he visto inclinarte á mis brazos como se dobla el arbusto sacudido por los vientos. Yo te he visto llorar al soplo de mis labios como llora la nieve derretida por el soplo de favonio. No dirijas los ojos al cielo, porque soy capaz de arrancar el cielo mismo á la tierra, si del cielo te prendas y enamoras. Nada me sería tan fácil como echarme á dormir en una cama cualquiera con todas las mujeres que me demandaran mi capricho y mi gusto; mas no hay para mí felicidad sino á tu lado. Amame, pues, ámame, Acté, como antes, hace muy poco, me amaras, cuando no te había sobrecogido la demencia que te aqueja hoy. Amame, Acté, ámame.

— ¡Imposible, Nerón, imposible!

Y Acté continuaba, no obstante los ruegos del emperador, oyendo con una grande sumisión y conformidad sus palabras, pero vueltos al cielo y en el cielo fijos sus ojos.

— Yo reconozco mis faltas y las confieso. Yo he ido volando de flor en flor con mi volandero pensamiento. Mas era todo ello cuando había roto el nido de la infancia y dado al viento las dos alas de mis primeras pasiones. Ahora mismo que larga experiencia me ha instruído en los secretos de tantas alcobas y de tantos amores, vuélvome hacia ti para decirte que deseo ser de una sola mujer y que seas tú esta mujer, tú, mi primero y mi último amor. Si me rechazas y desahucias, si rompes una pasión que representa los verdaderos eslabones de esta cadena por la cual yo estoy unido á la felicidad segura; como á navecilla sin amarras, el viento de todos mis caprichos habrá de impelerme al océano de todas las pasiones, donde me anegaré y me perderé por tu culpa. Yo no quiero que me des los besos de una hermana fiel á su hermano, quiero que

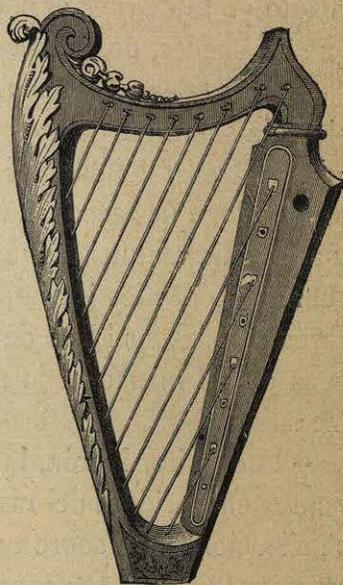
me des los besos que da con delirio á un amado su amante. Yo no quiero que me beses como á Febo Diana, sino que me beses como Venus á Marte. Las flechas del amor me han herido. Mi cuerpo está hecho un erizo. Mucho daño me hacen y muchísimo dolor me causan; pero, si me dijese que no padeciera del amor, echaría de menos, muy de menos, mis padecimientos. Yo quiero padecer por tí, por tu causa, consagrándome á tu culto, pero no me hagas padecer más, que harto he padecido ya. Soy libre, y únicamente me places tú en la tierra. No me obligues á echar mis redes en otros mares y á levantar mi caza en otros cercados. No me sonrojo de suplicarte, aunque te muestres cada día más adusta. Las súplicas de Aquiles ablandaron el corazón de Príamo. ¿Te acuerdas, Acté, de cuando hacíamos de nuestro jardín una pastoril campiña y ordeñábamos con nuestras manos mismas los pezones de las borregas y cogíamos la miel fluyente por los troncos de las hayas? ¿Te acuerdas de cuando íbamos al teatro y cambiábamos nuestras miradas, oyendo extáticos las relaciones del amor ajeno que nos despertaban los recíprocos amores nuestros? ¿Te acuerdas de cuando nos ceñíamos las coronas de mirtos y nos paseábamos apoyado uno en otro so los rosales que llovían sus hojas en nuestras frentes y nos trastornaban el sentido con sus aromas? Si Pirro brilló en el arte de combatir á los enemigos; si Podalivo en el arte de curar á los enfermos; si Automedón en el arte de guiar los carros; si Nestor en el arte de decir discursos, yo brillo en el arte de amar á las mujeres. Y por ninguna he tenido tanto amor, Acté, como por tí. Estamos en la edad más propia para el goce: gocemos. El curso de los años, como el curso de los ríos, no vuelve nunca, no, atrás. El frío de la vejez vendrá, y entonces no interrumpirá tu sueño el eco de la dulcísima serenata, y al dejar el tálamo en la primer aurora, no encontrarás la puerta de tu hogar enramada de flores. Muda la serpiente su piel y su asta el ciervo: á nosotros Naturaleza implacable no quiso concedernos tal recurso y nunca nos renovamos. Esa túnica tan austera que ahora vistes, cual si fueses la mujer de un hombre como Ajax, el cual únicamente poseía un escudo forrado de pieles, vuelve á cambiarla por aquella sembrada de brillantes, que te ofrecía tu Nerón, el cual puede ofrecerte hasta las minas de tales piedras explotadas por el moreno indio en la

cumbre del mundo y cuna del sol. Vuelve á ponerte aquellas vestiduras teñidas de azafrán, que daban á tu cuerpo los anaranjados resplandores del alba. Vuelve á cantar de nuevo como cantan las sirenas. Yo te seguía embobado y te acompañaba con la divina voz en mi garganta puesta por el cielo. ¡Oh! Las cuerdas de tu arpa hubieran sobrepuesto con sus cadencias unas á otras las piedras del suelo, como las cuerdas del arpa de Anfión, y adormecido á los cerberos en el abismo, como las cuerdas del arpa de Orfeo. Y no te digo, Acté, nada de cuando tañías el salterio, ese instrumento á los amores tan propicio. Y no te recuerdo que me volvían loco tus arias helenas y tus cantares egipcios. Con tus cabellos recogidos sobre la nuca y tu lazo azul sobre la frente, semejabaste á Diana. Yo quiero que seas mi Penélope y que, dulce compañera de mi vida, me lleves á tu lado desde nuestro recatadísimo cubículo, donde nuestra sangre se disipe á una en las llamas de los besos, hasta las fiestas del circo, donde aspiraremos aquel hedor, el cual se difundirá por las venas de nuestro cuerpo y nos prestará novísimas intensas fuerzas para el placer.

— Nerón, sacude por Dios de tu fantasía tales imaginaciones y limpia tu carne de tales apetitos. Yo he sido hace poco tu esposa carnal, parte de tu cuerpo, sin sujeción á otras leyes que al impulso de mis deseos y sin levantarme una línea de la naturaleza, en cuyo seno se ayuntan el macho y la hembra por las afinidades y las atracciones que sienten á unirse los contrarios. Tú me amabas; yo te amaba; nos uníamos en un solo ser sin más móvil que los empujes del deseo y sin más objeto que la satisfacción de los sentidos. Yo, ignorante de todo, pecaba por ignorancia, como por ignorancia tú has pecado. Pero un día se presentó un anciano que parecía surgir de lo profundo, y este anciano me habló de un Dios que parecía bajar de lo alto. Las enseñanzas aprendidas en aquella revelación diéronme á mí, á mi persona, esclava en esta sociedad, mancha tuya, piedra de verdadero escándalo, un alma consciente y libre, lo cual fuera como convertir un gusanillo de la tierra en un astro de la inmensidad. Entonces aprendí algo, únicamente revelado en ocasiones raras á mi conciencia: que la castidad era entre todas la virtud primera y principal de una pobre mujer. Entonces aprendí que nuestro modelo y nuestra norma, el ideal por quien debía-

mos regir la vida, era la Virgen Madre, que había podido llevar en sus entrañas el Mesías prometido, sin perder su casta pureza y sin saber cosa ninguna de la sensualidad y del mal. Entonces aprendí que por la virtud, por los grados de sus escalas, desde la tierra y sus sombras subimos al empíreo inundado con una inextinguible luz y rebosante de una intensa vida, donde las almas gozarán un amor espiritual, exento de toda flaqueza é incapaz de todo engaño. Lava tu cuerpo, Nerón, en las clarísimas aguas del bautismo, tu alma en los esplendentes resplandores de la revelación, y así pasarás la vida en el amor de los amores que se llama caridad; y cuando hayas muerto, encontrarás una corona, junto á la cual parecerá tan pálida tu corona terrestre como pálida la luciérnaga del valle comparada con la faz del sol. Cree lo que yo creo; ama lo que yo amo; sígueme donde yo te lleve, y, Nerón, serás salvo.

— No me conozco á mí cuando resisto semejantes arengas indescifrables y oigo ese lenguaje tuyo entre judío y mago, que me marea el sentido y me deja un eco de misterio en el pensamiento, imposible de comprender y explicar. Me llaman déspota, y hace horas que luchó contigo sin llegar á imponerte mi voluntad y sin atreverme á la violencia. Hierve mi sangre, mis fibras todas se abrasan, pierden mis ojos su luz, una voluptuosidad infinita en pos de tu hermoso cuerpo me impele, y cuando voy á saltar, sintiéndome tan ágil como el tigre y tan fuerte como el león, pronto á despedazarte, un rayo de tus ojos, un eco de tus palabras, un gesto de tus facciones, una cadena invisible salida de tus dedos y llevada por no sé quién al corazón, me ata y me rinde á tu albedrío, logrando que no satisfaga en ti mis pasiones, que te crea más por instinto cuanto menos te cree mi raciocinio, y que te adore y te bendiga cuando estás inmolándome á mí con toda mi felicidad y todas mis esperanzas bajo el agudo puñal de tus femeniles ca-



Arpa

prichos. ¿Y yo soy el dueño de la tierra, yo el heredero de los cé-sares, yo el nieto de Germánico, yo el cachorro de Agripina, yo el copartípe del poder de los dioses? ¡Oh, no! Yo soy un mandria, incapaz de tener inteligencia y voluntad, cuando á tus pies me rindo y se trueca bajo tu mirar imperioso en nonada mi espíritu.

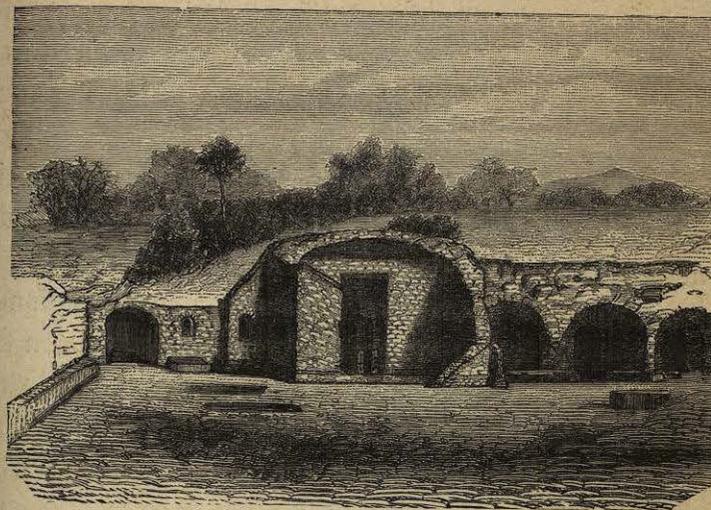
— No te creas tú, César, tan débil, ni creas á tu Acté tan poderosa. Lo que hay en todo esto es un misterio, incomprendible para ti, de mí explicado por completo con toda claridad. Lo que hay en cuanto yo te digo es el poder connatural á la verdad y al bien, de que no puedes, no, sustraerte.

— Deja tales tonterías á un lado. Lo que hay es una fascinación ejercida sobre mí por tus ojos, una demencia por tu aliento á mi cerebro transfundida, un imperio ejercido por la esclava sobre su emperador, que hacen mil veces más difícil que renunciar al Imperio y á la vida, renunciar á poseerte, cuando todos los sentidos de mi cuerpo y todos los instintos de mi ser y todos los efectos de mi corazón y todas las ideas de mi razón y todo cuanto hay en mi persona de mí mismo, todo me impele á tus brazos y de tus brazos me sujeta.

— Pues mira, Nerón, la noche ha llegado, y aunque la creen las gentes encubridora del mal, el bien tampoco desdeña su soledad y su silencio. Ponte sobre tus vestiduras esta túnica de lino. Rebuja tu rostro, para no ser conocido, tras este ligero manto, que de antifaz te servirá, y permitiéndote ver y respirar con su transparencia, te impedirá ser visto de aquellos á quienes debes visitar. A una sola condición has de sujetarte. Para ir adonde yo te lleve, habrás de llevar vendados los ojos hasta que te quite yo la venda; para volver habrás de vendarte también y no recobrar el uso de tu vista sino después que mis manos te lo hayan devuelto. Recatado y oculto en esta especie de nube formada por este blanco traje y este blanquísimo manto, verás un mundo con el cual no has podido soñar. Sujétate á mis condiciones, consiente por Dios en dejarte vendar los ojos, y confía en que yo te guiaré con toda felicidad y te llevaré con ventura indudable al seno de un abismo donde vive una sociedad, toda para el espíritu, de cuya existencia y de cuyo carácter no puedes tener tú idea ninguna.

— Vamos, Acté, no me hables de tales cosas, porque fascinado

por ti como un pajarillo, haré cuanto quieras. Más fácil hubiera sido hacer retroceder al Océano hasta vaciarse y huirse de la tierra que hacerme á mí retroceder del deseadísimos goce ó posesión de tu persona. Y sin embargo, me amansaste cuando más pagado estaba de mi deseo y me redujiste á obedecerte como si fuera yo un cuerpo inerte. Haz de mí lo que quieras. Cuando has logrado que no te deshaga entre mis brazos; cuando no me he atrevido á de-



Antiguo cementerio cristiano en Roma

mandarte un beso, aunque fuera casto y puro, como el que pueden darse dos niños en su cuna, voy á lanzarme al cumplimiento de mi deseo, echándome atrás la conciencia, y tú me detienes. Pues, hecha tal cosa, puedes hacer todo cuanto te parezca y encadenarme como un perro á tus pies. Puedes no ya vendarme los ojos, sino hasta extinguirme la vista. Puedes llevarme al infierno si te place. Yo nunca me quejaré. Pero sed César, entroncad con todos los dioses, regid la humanidad y la tierra, para luego hacer lo que vuestros esclavos manden y dejáros conducir adonde os lleven vuestros esclavos.

Pero, protestando el emperador ó no, lo cierto es que Acté le puso la túnica de los cristianos, le demudó el rostro con arte tras un tupido velo caído sobre las espaldas, lo disfrazó á su guisa; y no contenta con esto, le vendó los ojos, conduciéndolo como un ciego por un laberinto subterráneo hasta las catacumbas donde se reunían entonces á sus devociones los mártires. Al verlos, hubiérales

creído cualquier escultor el grupo tallado en el Pentélico de su poesía por Sófocles, representativo de Antígona y Edipo, llegando tras larga peregrinación de dolores y tormentos al valle de Columna, donde los coros de ruiseñores, ocultos entre las ramas de los laureles y de los olivos, le anuncian y le prometen la bienaventuranza. Nerón gustaba de todo aquello por cuanto de aventura tenía. Autor trágico, además de poeta lírico y cantante, hallaba recreo y gozo en los hechos despertadores de sus emociones y demostrativos de su capacidad para pensar y para sentir. Las palabras misteriosas de Acté, las ideas que creía él incoherentes por incomprendibles á su cacumen, el relato de las tenaces aspiraciones aseguradas por una secta de la cual no tenía noticia ó idea, la marcha de aquel momento entre sombras, la creencia instintiva de que representaba una tragedia de cualquier autor y no una escena real de su propia vida, por tal manera le transportaban á imaginaciones y ensueños, que le placía todo aquello como una invención fantástica puesta por obra dentro de la viva y palpitante realidad. Así no habrá de maravillarnos que, prolongándose mucho la obscuridad, en cuyo seno voluntariamente se había sumido para obedecer á los caprichos de Acté, y advirtiéndole cómo se descendía en cuesta, y en cuesta pendiente, hablase Nerón como sigue:

—Creo que ponemos por obra y en acción el cántico sexto de la *Eneida*, puesto por Virgilio en versos tan maravillosos. Me parece que llego en Cumas al tenebrosísimo albergue de la Sibila, tomado de su inquieta y sublime profecía. Por allí están los negros árboles y las columnas áureas del templo erigido á la furiosa Hecate. Inmolaré, Acté, si quieres, los siete novillos demandados por la diosa en recuerdo de los siete garzones que allá en apartadísimas edades se inmolaron todos los años sobre sus aras. Allí fué donde oyó Eneas las voces del oráculo resonantes en las bóvedas altísimas que le predijeron y anunciaron el destino de nuestra familia latina, y en la familia latina de los Julios á que yo pertenezco. Allí, pues, oyó Eneas su destino. Parece que piso las sendas del averno y que oigo desgajarse al hacha y caer al suelo aquellos árboles gigantes de la selva luctuosa que á sus puertas nefastas conducía. Me parece que sobre mis ojos cerrados y ciegos se aglomeran las llamas humeantes de las piras sacras que se han

consagrado á los muertos, formando colosal pirámide, cuya base aquí en la tierra estuviese y cuya cúspide allá en el sol. ¿Es que nos acercamos al borde letal de la Estigia laguna? ¿Es que nos rodean los dioses dominadores sobre las silenciosas almas de los para siempre muertos? ¿Es que aquí nos aguardan para recibirnos Caos y Phlegeton? ¿Es que vamos, Acté, al infierno?

—Seguramente no — dijo Acté, continuando su marcha en descenso. — A todo lo contrario del infierno vamos, pues vamos al cielo. En la boca de los abismos que me recuerdas tú, está sentado el dolor; en la boca de los abismos donde yo te conduzco, está sentado el consuelo. Allí el remordimiento teje sus coronas de abrojos para ceñir las conciencias perturbadas; aquí el bien aclara la vista del alma y le muestra su eternal bienaventuranza. Las enfermedades, como serpientes enrolladas unas con otras, coletean por allí levantando sus lenguas terminadas por tijeras de áspides, mientras por aquí la salud completa interior asegura la completa salud corporal. Allí la guerra exterminadora flamea la espada horrible que todo lo destruye y desarraiga, mientras aquí la paz eterna del Señor hace á los hombres hermanos y les dice que todas las dificultades serán vencidas y todos los obstáculos serán superados por la caridad y por el amor.

Apenas había dicho tales palabras Acté, cuando se oyó un sublime coro. Arpas hebreas sonaban unísona salmodia como jamás se oyeron en liras helenas y romanas. Voces purísimas, impregnadas de un sentimiento superior á los que afectan al corazón humano, henchían aquel ambiente de ideas, que semejaban de relieve, según lo revestidas en formas de puras líneas, y trascendentés á incienso, es decir, á religioso aroma. Las palabras que decía el coro y que acompañaba la música excedían y aventajaban á todo lo escuchado antes por los mortales misérrimos en todo el transcurso de los siglos. Dios, el Verbo, la inmortalidad, la esperanza, la veneración, las visiones beatíficas, el bien de todos, el amor entre todos llenaban de ideas aquellas estrofas parecidas á legiones de ángeles, tomando el vuelo desde la tierra y perdiéndose con aleteos, á un tiempo mismo pictóricos y melodiosos, por una inmensidad tan inundada del éter luminoso como del espíritu divino. El idealismo puro, la virtud creadora, la salud interior del alma, la

robustez del cuerpo, daban á las gargantas una flexibilidad y las ideas religiosas al cántico un carácter tan hermoso, que todo allí parecía sobrehumano, y ninguna de las emociones despertadas por aquel viaje parecía de este mundo, sino de otro superior á éste y en sí verdaderamente sobrenatural de suyo. Imaginaos qué movimientos imprimirían al espíritu de Nerón, á su pensamiento, á su voluntad, á sus afectos, á sus aspiraciones, á sus ensueños, á todo cuanto le distinguía por lo susceptible de suyo y lo dispuesto á recoger todas las emociones aquel sublime cántico. Así comenzó á decir:

— No sé lo que por mí pasa. Parece que me das un bebedizo misterioso y que difundes por todas mis venas una paz verdaderamente celestial. Oigo voces nunca oídas y experimento placeres nunca experimentados. Mi capacidad de sentir crece al impulso de este viaje y mi capacidad de pensar y mi capacidad de idear. Parece que algo así nuevo dentro del espíritu mío brota y que una incomprendible aspiración á lo infinito y á lo eterno se apodera de todo mi ser y se disipa en una inmensidad llena de visibles luceros y de invisibles ideales. Subo y subo, como si en mis pies hubieran brotado alas. ¿Qué cántico es ese? ¿Qué melodía divina llena los aires y llena los espíritus de indecible dulzura? Parece que una esperanza nunca sentida; parece que allá en los abismos de mi ser dominan deseos no bien explicados y no bien explicables, quienes ahora vuelan en torno de mi frente como de antiguo sudor oreándola y que ahora me conducen á un mundo en que han cesado todas las batallas y en que se han reunido todas las armonías. Dime, Acté, ¿qué cántico es aquél? No suena como la flauta del dios Pan en los bosques. No tiene parecido alguno con el estruendo armado por los combates en las festividades religiosas. ¡Cuál diferencia del evohé de nuestras bacanales! En vez de aquel delirio que despierta en los sentidos el mosto y las castañuelas y el torso y la hiedra y la carrera y la canturía y la danza de nuestras bacantes ceñidas de pámpanos y ebrias de vino, siéntese aquí una serenidad como si esas voces hubieran vencido al dolor y á la muerte.

— Los han vencido, cree que los han vencido. El dolor se ha tornado una prueba que instruye á los humanos en el conocimien-

to de los destinos de nuestra vida, y la muerte se ha trocado en una transformación que depura y eterniza la esencia de nuestro espíritu. Todas estas heridas, que antes nos desconcertaban, ahora nos fortalecen. Ellas podrán ser señales de batallas perdidas en el mundo, pero son al mismo tiempo santas promesas de victorias alcanzadas en el cielo. No podemos temer al hambre quienes presentimos que seremos hartos; no podemos temer al dolor quienes presentimos que seremos consolados; no podemos temer á la pobreza quienes presentimos que seremos colmadísimos; y no podemos temer á nuestros enemigos, porque nos hallamos resueltos á amar á los que nos aborrecen, á pedir por los que nos persiguen y nos calumnian, á volver bien por mal, á ser verdaderamente perfectos, como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos. Aunque me clavaras un puñal en medio del corazón, ¿qué me importaría, si la muerte habría de pasar como rápido sueño por mis párpados y habría de venir en seguida el instante de mi resurrección?

— Jamás había oído yo hablar cual hablas tú, y jamás había oído cantar cual cantan esas voces. ¿Dónde me hallo, Acté, dímelo, dónde me hallo? Dímelo pronto. Vuélveme la luz.

— Mira.

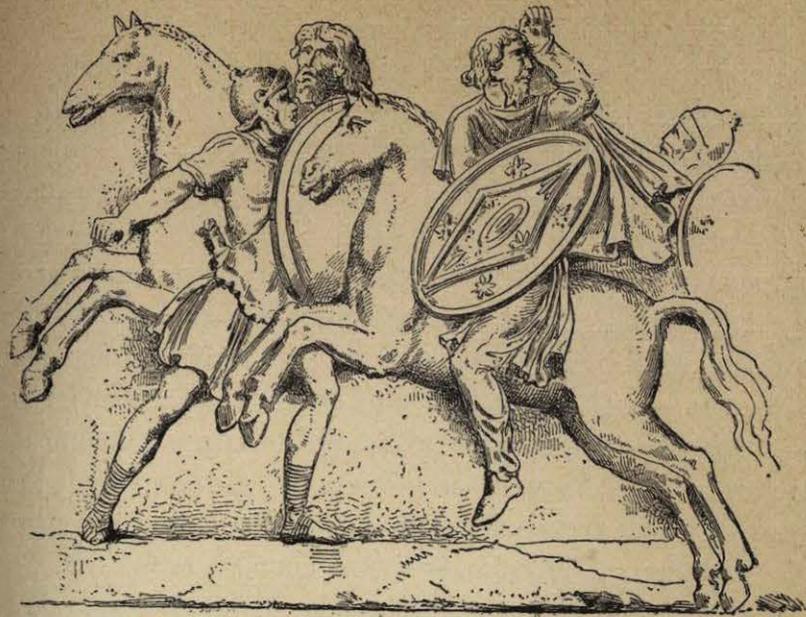
Y Acté quitó á Nerón la venda de sus ojos.

Estaban en un subterráneo inmenso. En este subterráneo se veía una especie de capilla circular y central, á cuyo seno llegaban calles de sepulcros fijos en las paredes y decorados con inscripciones misteriosas y símbolos sagrados. Caían de las bóvedas lámparas conteniendo misteriosas luces que irradiaban un resplandor suave, á cuyos rayos inciertos se acrecentaba la sublimidad del recinto. Por los espacios de las paredes que dejaban libres las alineadas y sobrepuestas sepulturas, veíanse imágenes y efigies sacras. Una mujer, coronada de clarísimas estrellas y conducida so-



Una galería con sepulcros en las catatumbas

bre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando de misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de immaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes acercábanse al pie de un altar fieles innumerables, y en un cáliz bebían el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía con su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Así no es mucho que, transportado el César de las cenas de Trimalción á las cenas de Cristo, sintiese aquellos efectos que sentirían cuerpos trasladados en un minuto del polo al trópico, y cayese redondo y sin conocimiento ni sentido en el suelo.



CAPITULO IX

LOS APOCALIPSIS Y LAS SATURNALES

El desmayo sobrecogió al emperador con oportunidad. Sin él oyerá lo que nunca podía imaginar le llamaran sus mayores enemigos en los más violentos espasmos del odio y del horror. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traían las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acercaba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro que contiene todas estas amenazas es el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se escondía en las catacumbas, como puede un secreto ocultarse y callar en el silencio de la conciencia, acaricia en sus humillaciones la venganza, escribe apoca-